

MEMORIAS DE UN VAGABUNDO

Nunca entenderé a los humanos. Siempre me han parecido seres bastante complejos. Pero ahora más que nunca que, desgraciadamente, he sido extraído de mis hogareñas callejuelas oscuras y de aroma mohoso para convivir con ellos: he sido adoptado. Se supone que en esta claustrofóbica casa viviré mejor y tendré mejores cuidados. Pues queridos dueños adoptivos, permitidme que lo dude. Si en un arrebató de conciliar vuestra intranquila conciencia queréis hacer un bien por mí, dadme unas salchichas; pero no me privéis de mi libertad sometiéndome a vuestras ridículas normas.

Mi vida hasta ahora me gustaba. Hacía todo lo que cualquier perro desearía hacer, era libre de dormir a placer, vagabundear con luna llena, correr a mis anchas, proveerme mi propio sustento... Me consideraba superior a todos esos perros bobos que veía por la calle dejándose llevar de una cuerda atada al cuello. ¿Cómo podían haber caído tan bajo? Dejarse dominar de esa manera... ¡Ay, ancestro Lupus! ¿Qué habrías opinado tú? Su vida ha quedado reducida a un sinsentido que consiste en vaguear, dejarse limpiar y alimentar y el mayor aprieto en el que se han visto involucrados es jugueteando al simular que luchan con otros perros igual de bobalicones... ¡pero qué vida más aburrida! ¿Qué sabrán ellos lo que es una pelea de verdad cuando el alimento no sobra?

Pero no... Yo no seré como ellos. Jamás. Por mucho que me sometan, yo no seré como los demás. Yo no olvidaré quién soy. No llegaré al extremo de desvivirme por contentar a mi "dueño". Yo no tengo dueño, no dependo de nadie, y menos de un escuchimizado bípedo que me exige una obediencia absoluta. No. Los humanos no me gustan. No actúan de acuerdo a la naturaleza, y eso no puede ser bueno. No son de fiar. Yo no soy el mejor amigo de nadie más que de mí mismo.

Pues aquí estoy, en contra de mi voluntad, en una sala completamente nueva para mí. Una vez más, los humanos han jugado sucio y me han dormido para poder manejarme a su antojo y traerme hasta aquí. Pero no sólo eso, también llevo puesto un artilugio de sujeción de mi mandíbula. Creo que lo han llamado bozal, una ruin manera de tratar conmigo en desventaja. Para mi sorpresa, el hombre no ha intentado ningún tipo de represión contra mí. A mi llegada fui colocado sobre unas mullidas mantas, de las que por supuesto me zafé en cuanto recobré la consciencia, y dejado a mi merced.

He de reconocer que el ambiente es luminoso y cálido, aunque nada comparable mi parque de siempre en primavera. En la sala hay otro perro de aspecto maduro y bien nutrido. Parece amigo de estos humanos, por lo que ya no cuenta con mi beneplácito y no lo considero especie amiga. Prácticamente no es de mi especie. Y sin embargo lo observo tranquilo y con una actitud tan apacible que empiezo a sospechar que ha perdido su sentido de alerta. En mi barrio ya le habrían robado un par de hogazas de pan sin dificultad alguna. Es lo que ocurre cuando dependes tanto de un ser humano, que tus instintos naturales se ven atrofiados. Decidí no dirigirle la palabra y, puesto que él no hizo intento de lo contrario, nos limitamos a ignorarnos mutuamente.

Pasaron los días y, dado que no logré escapar de aquel lugar y comenzaba a sentir el hambre voraz de cuando el estómago se escinde y amenaza con retorcerse hasta conseguir algo sustancial que lo apacigüe, decidí probar bocado, no sin cierto escepticismo, de la comida que llevaba depositada en el cuenco desde mi llegada. No era un gran manjar, pero en ese momento aquel pienso me supo a gloria. Y destaco que este no es ningún acto de sumisión, sino de supervivencia.

Como no había mucho que hacer por allí y me aburría cantidad –creo que en toda mi vida me había aburrido tanto- me dedicaba a deambular y curiosear por la casa y a observar sus habitantes. Me sorprendió lo bien que se llevaba el perro rollizo con su amo. Compartían una comunicación sorprendentemente precisa y una compenetración abrumadora. Todo aquello no hacía más que reafirmar mi alejado parentesco con aquel can. De vez en cuando el humano me dirigía alguna palabra creyendo, el muy iluso, que yo entendería su lenguaje. Y en ese momento me surgió la pregunta: ¿qué es lo que impulsa a un dueño a cuidar de su perro y a un perro a ser fiel a este? Quién sabe. La respuesta será enrevesada como los mismos humanos.

El caso es que el hombre, que por lo que escuché se llamaba algo así como Tomás, no paraba de hacer cosas. Siempre estaba entrando y saliendo de la casa y comentándole al otro perro, Sam, lo mucho que ansiaba unas vacaciones. No sé lo que será “la vacación”, pero no entiendo por qué no lo tiene si realmente lo desea tanto como dice. Muy típico de los humanos, quejarse por todo sin buscarle solución. También me llamaban la atención los repentinos cambios de humor que sufría. Tan pronto estaba alegre en un momento dado como lloraba de frustración al día siguiente. No sé si Tomás se considera feliz, pero desde luego no lo parece muy a menudo. Creo que podría enseñarles un par de cosas a estos humanos. Nosotros los perros, y con ello me refiero a los verdaderos perros, descendientes directos del lobo, somos mucho más prácticos a la hora de saber lo que queremos y mantener una felicidad estable en la manda. Si quieres comida, la cazas; si tienes sueño, duermes. Formamos una comunidad con la que buscamos estabilidad, protección y sobretodo compañía entre iguales. En definitiva, llevamos una vida plena en la que no hay sitio para los humanos.

Poco a poco me había hecho a la rutina de aquella casa, muy a mi pesar: comidas, sueños, aburrimiento, comidas, aburrimientos, comidas, y sobretodo mucho aburrimiento. Un buen día, en una de mis expediciones por la casa, descubrí en mi reflejo a un perro totalmente desconocido para mí. ¡Guau! Tenía un aspecto increíble: pelo brillante, tripa redonda y ninguna forma ósea a la vista. Tardé unos segundos en identificarme y pude comprobar que hacía tiempo que no me sentía tan bien. ¿Habría hecho algo bien aquel humanoide? Esa misma tarde Tomás nos ató a Sam y a mí una correa al collar y nos dirigió afuera. Estaba eufórico por comprobar mis fortalecidas patas, aunque apenas podía creerme que fuera a ser yo el que se encontrara en aquella situación de dejarse llevar de paseo. Iba en contra de mis principios y, aunque anhelaba salir de aquella minúscula casa, no estaba dispuesto a pasar por el aro, así que hice todo lo posible por liberarme de la correa y retornar a mi apreciada libertad. En cuanto me revolví y enseñé los dientes a Tomás con el objetivo de liberarme, Sam, aquel perro de aspecto tranquilo y bondadoso, se enfrentó a mí y me inmovilizó con un potente mordisco en el cuello. Tal fue su fuerza de protección, que durante el enfrentamiento acabe malherido y debilitado. Aquello sí que había superado todo límite tolerable: un perro luchando contra mí, su propia especie, para proteger a un mísero humano.

De modo que mi paseo, y con él mi puerta de oro hacia la autonomía, se habían arruinado por culpa del maldito Sam. Había asumido que el humano adoptaría una actitud hostil hacia mí. Pero, una vez más, me vi sorprendido por la imprevisibilidad humana y Tomás se comportaba con la misma normalidad de siempre. Es más, mostraba si cabe algún signo de compasión y cariño hacia mí y curaba mis heridas. Por la noche tuve una ración especial de sabrosa comida. Llegado a aquel punto, no entendía nada de lo sucedido durante la tarde, pero me fui a dormir contento, incluso admito que feliz. ¿Sería posible que estuviera cogiendo cariño a este enclenque humano?

Bien entrada la madrugada del día siguiente, ocurrió algo fuera de lo común. Una humareda densa me despertó. Fui a ver lo que ocurría y en la cocina se había iniciado un pequeño foco de fuego que rápidamente se estaba extendiendo por todas partes. Fui a alertar a Sam en primer lugar, pero este, al dormir cerca de la cocina, había inhalado mucho humo, estaba muy mareado y apenas podía contenerse. Seguidamente me dirigí a la habitación de Tomás y a base de enérgicos golpecitos y mordiscos comprobé que también estaba aturdido. Sin pensarlo dos veces empecé a ladrar todo lo fuerte que mis cuerdas vocales me permitieron y a golpear con mi cuerpo la entrada principal de la vivienda. Finalmente, conseguí derribarla y alertar a toda la escalera de vecinos. Estos avisaron a los bomberos y comenzaron a huir del edificio sin pararse a atender lo que les intentaba decir, que mi dueño y compañero Sam estaban todavía en la casa. Puesto que nadie parecía responder a mis súplicas, de nuevo movido por el instinto, subí a atender a mi familia. Un bombero que había observado mi extraño comportamiento corrió tras de mí y comprendió por fin lo que intentaba con desesperación decir a toda la gente.

Y así es como un fortuito accidente consiguió sorprenderme a mí mismo salvando a quien hoy es mi dueño adoptivo. Es extraño que sea en los momentos límite cuando nos demos cuenta realmente de lo que valen las cosas. No sé si mi antiguo yo hubiera actuado de la misma manera - probablemente no- pero en el momento, no temí por mi vida y no dudé en actuar como lo hice ni por un segundo. Sólo sentía una inexplicable sensación de agradecimiento que debía corresponder. Desde entonces un extraño vínculo nos mantiene más unidos que nunca, incluso mayor que el de Sam. Ahora empiezo a entender un poco más todas las fantochadas de obedecer y ser fiel a un dueño. En realidad no es otra cosa que una forma de jerarquía que nos mantiene en armonía conformando una familia. Odio sonar tan palabrero, pero me atrevo a decir que me gusta esta forma de vida tan pacífica y alegre. Me he acostumbrado a ella y, cómo son las cosas, que nunca pensé que fuera a adoptar este comportamiento. Y lo más importante es que sigo siendo yo mismo, solo que ahora valoro la auténtica felicidad de una gran amistad por encima de unas efímeras salchichas.

Sigo viendo comportamientos extraños entre los humanos que a veces no acabo de comprender del todo; pero ahí estoy yo, apoyando a Tomás incondicionalmente y ayudándole cuando le veo un poco triste aun sin saber el motivo. Y ese es nuestro papel y lo que nos lleva a ser un fiel e incondicional amigo de las personas: hacerles ver una vida más feliz y con más cariño del que ellos creen que necesitan. Sólo me alegro de que el humano sea humano, y de que yo sea un perro en su compañía.

FIN